

Por Belisario Betancur

Doctor en Derecho de la U.P.B.

Reflexiones Sobre la Sociedad Colombiana

I - Confesiones de un inconformista

El aparato que dirige el discurrir de la vida colombiana tiene un complicado sistema de poleas, trama misteriosa que no aparece porque los hilos que la tejen se mueven por detrás del telón de boca. Los caminos se muestran despejados porque no los ciega ningún muro visible: en la práctica, al primer recodo se oyen ruidos inesperados y de repente surgen vallas imprevistas. El viajero empieza por saltarlas pero el ánimo se fatiga. Prejuicios antiguos escoltan en silencio al caminante, sin apariencia de repudio; ejercen la misma función de medianería tácita de los cercos de tierra pisada a golpe de mano barata de indio; a veces simbolizan la advertencia de límite de los sauces llorones que acompañan el paso helado de los ríos de la Sabana. El viajero rompe el vallado que se le interpone, pero a poco andar mira hacia atrás y descubre que de nuevo ha sido levantado. Al siguiente muro del sectarismo indolente, le da un rodeo a modo de transacción. Ha llegado a comprender que no podrá seguir caminando de sesgo ante los odios heredados, ni remedando la conformidad porque acabará sumergido en el hábito de la resignación o hundido en el follaje de las palabras imprecisas. Habrá de enfrentarse al aparato, aún sin acabar de conocerlo, apenas presintiendo su secreto engranaje, intuyendo tan sólo sus íntimas estructuras. Tendrá que enfrentarlo y tendrá que enfrentarse a él, no importa que se sienta arrollado. Pero lo arrollará combatiendo, a menos que pacte con las estructuras y se adapte a ellas. Como en alguna vieja página spengleriana, tendrá que escoger entre el riesgo de morir joven pero rebelde, o aburguesarse capitulando.

Estas reflexiones llegan a menudo como contrapunto de circunstancias de índole sociológica que tienen perpleja a la generación de cuarenta años, atónita a la de treinta, confusa a la generación del "go-kart". Nos movemos al desgaire dentro de aquel andamiaje, extranjeros en la atmósfera que lo envuelve pero que sin duda corresponde al viento que airea casi todo el territorio. La conservación y supervivencia del statu quo nos destaca como perturbadores de la tranquila siesta tradicionalista que veló el paisaje doméstico durante tantos

años, plácido letargo en que, mientras rabiaban a la guerra, los partidos políticos cultivaban con amor las más excelsas virtudes del patriotismo, la caridad y la esperanza. Las formas consuetudinarias se defienden transmutando el rostro de la insatisfacción en resentimiento y amargura. Es difícil ser ungido a partir de un presupuesto distinto del acomodo a lo institucional, por absurdo que sea como lo es lo emocional o por desueto que sea como lo es el irracionalismo.

Estas afirmaciones se formulan desde el caso distinto de un colombiano salido de la nada, por alguien a quien la generosidad popular y el error de cálculo de las esferas del poder no le han negado gloria y alturas, todas desde luego excesivas para lo que puede retribuir al país. Pero, asimismo, por alguien que se siente con el compromiso de empezar a cubrir ese pasivo de agradecimiento, adoptando la posición de decidir de las verdades ingratas de nuestra sociedad, porque tiene la certidumbre de que los colombianos que vivimos en los años sesentas tenemos en nuestras manos la posibilidad de ganar nuestro destino, sacudiéndonos la pereza, quebrantando los designios de apariencia adversa que nos rodean, agrupando nuestros desequilibrios y nuestras tensiones hacia la unidad que sirva de motor del desarrollo.

Es una tontería decir que somos gentes que obran de distinto modo de los personajes centroeuropeos de las novelas de Franz Kafka que padecían de tristeza porque se sentían en imposibilidad de modificar las leyes exteriores que les son impuestas, inermes ante las determinaciones misteriosas que los atan a un infortunio que no pueden modificar. Pero es grato decirlo: porque la verdad es que tenemos el destino en nuestras manos, no en las manos de ningún vecino estadounidense o cubano, ni en las de ningún remoto contemporáneo, ruso o alemán, sino en nuestras propias manos mulatas o mestizas o negras o indias, en nuestras manos colombianas, en nuestras manos americanas.

El aparato de la vida nacional se alimenta de una serie de clisés ideológicos cuya decadencia es aliviada por el atraso que nos rodea con la fuerza de la jungla en contorno. El atraso reina en el cuerpo de los partidos pero no gobierna su alma: los partidos son comunidades abiertas, receptivas, con ansia de cambio que algunos de sus guías aquietan y adormecen, ni siquiera porque no entiendan el lenguaje del mundo actual sino porque, entendiéndolo, los petrifica el egoísmo. No renuncian al pensamiento congelado, a pesar de que lo saben desueto; pero persisten en él no porque no adviertan el laido impetuoso del torrente histórico, sino porque el horizonte del alma se les ha recortado de encono banal, de amargura ciega. Quien desea hacer una carrera política, con una gota de habilidad encuentra el fácil sendero de los triunfos diarios si se inclina ante lo cotidiano en siesta, ante lo institucionalizado regresivo, pero a la postre no hallará cosa distinta que espuma fugaz; o bien escoge el atajo de la inconformidad, más lento pero más creador, con más difícil acceso al resplandor pero más firme proyección en la vida nacional. Si se adecúa a la maraña de los intereses creados que gobiernan los ámbitos de la actividad pública en el planeta todo, la gloria le llega pronto pero es breve; en los territorios del tercer mundo, como Colombia, puede serle pronta y provechosa la gloria, pero se quedará en él sin reflejarse en el país, porque ha-

brá tenido que capitular ante los "400 de Nueva York" de que se habla en la vida corriente de los Estados Unidos para hacer referencia a quienes manejan el imperio de los altos negocios, sin que el respetable público pueda siquiera conocer su identidad para admirarlos o despreciarlos. En Colombia también existen, quizá azarosamente menos, distribuídos en partidos y en grupos, más poderosos que los norteamericanos porque sus intereses se surten de un pueblo todavía sin conciencia adecuada y ante un estado débil todavía. Pero entre ellos hay también gérmenes de lucidez difícil, de ardua comprensión que hay que sacudir y despertar antes de que les sea tarde el despertar.

Pues bien, se trata de no plegarse, de no inclinarse, de no transar. Se trata de insatisfacerse ante las estructuras, de inconformarse ante la injusticia, de no asustarse ante los corredores de pesadilla por los cuales transitamos, en la seguridad de que no estamos haciendo un futuro de certidumbre. Se trata de revolucionarse a la cristiana, es decir a la colombiana; de revolucionarse a la jineta, es decir a la militante, sin descanso, en todo instante, en todo lugar, para acelerar la historia, para sacarla de la inercia y empujarla hacia la acción.

II - La estructura antidemocrática

Este panorama no está petrificado. Está dormido. Está esperando la voz que lo llame. El estancamiento tradicional se ha roto a tramos en Medellín y en Cali y en Bucaramanga y en Pereira. No es, por consiguiente, un estado de inercia del alma. Esa alma está en vigilancia, oyendo. No es un alma acostumbrada sino un alma entredormida, sin duda emperzeada, receptiva para la sacudida que la saque de la miseria. Está esperando el cambio.

Qué ha venido ocurriendo en Colombia y qué seguirá ocurriendo si el cuadro político-social prosigue en las condiciones de hoy? Habremos de continuar lamentando —sin sentirlo de verdad— el estancamiento de todos los sectores, que ya no será tal sino envilecimiento y retroceso, de seguro mientras decimos que este es un país ingobernable, y que todos sus administradores atienden sólo las exigencias del pueblo. Es imprudente denunciar ese clisé, pero vale la pena hacerlo para abrir los ojos a la lucidez velada: no hay tal país ingobernable y no hay tal estado atento al querer popular. La estructura política, económica y social de Colombia es identificable con otra forma cualquiera de gobierno menos con la democracia, pero con el agravante de que su apariencia le permite cantar el ámbito de libertad que entre nosotros se respira. Existen unas libertades formales; bajo cuyo manto se fabrican prestigios, se promueve el triunfo fácil y se aseguran las mistificaciones necesarias para la marcha ordenada del sistema. La ideología circundante imprime carácter a quienes asumen las posiciones directivas, y entonces lo demás resulta fácil: no hay que estudiar, no hay que preocuparse de veras por el rumor de la miseria; y cuando se producen los estallidos de inconformidad, sólo hay que acusar a esas gentes irresponsables, casi delincuentes, que piden más trabajo, más comida y más educación; o señalar al comunismo como fuente de todas las calamidades. En fin, el memorial de agravios sobre las injus-

ticias de la sociedad colombiana actual está contenido en afirmaciones que se han vuelto lugares comunes, cuya exégesis no hay para qué repetir por que es de sobra conocida y padecida, porque ha sido divulgada por misiones técnicas internacionales cuyo dictamen nos merece el crédito de la objetividad.

Es conveniente detenerse un poco en el panorama intelectual colombiano. Y no demos a la palabra "intelectual" el sentido exclusivista y equívoco que sugiere poetas y novelistas. Por definición, es intelectual quien se dedica a "las ciencias y las letras". Qué porvenir espera el universitario de hoy en la mayoría de las profesiones liberales? Nada más incierto. Aparentemente, los esfuerzos de toda índole que supone el culminar una carrera, califican para asumir una posición de nota, para obtener una especie de premio que le concede la sociedad teóricamente necesitada de sus servicios. Pero qué sucede? La realidad se aprecia todos los días al ver que abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, caen con abrumadora mayoría, en una proletarización inclemente, con la única esperanza, amarga esperanza, de incorporarse a la burocracia oficial a morir de tedio y de costumbre y entrar a compartir las angustias e incertidumbres que ofrece un Estado sin organización, asaltado por la falta de empleo que registra el país. Es decir, se derrumba el sueño de la elevación del status, personal y familiar; la ilusión de llegar a influir en la vida nacional, o, simplemente, de llevar una existencia cómoda, en ascenso por la escala del bienestar.

Esto mismo significa la muerte de un incentivo, no sólo en el orden de la preparación del equipo directivo que ha de comandar el cambio, sino del orden pragmático de la disponibilidad de divisas: se gastan en la financiación de los profesionales que viajan a universidades extranjeras a prepararse para el cambio, y se gastan en cuanto ese equipo no se incorpora a la actividad nacional por escepticismo de la nación en sus condiciones. Como se trata de profesionales que han crecido con nosotros, quizá llevan nuestros apellidos, se llaman como nosotros y gustan de cuanto nosotros gustamos, los ponemos en observación mientras el corazón se les llena de desesperanza. A la postre terminan por buscar asilo profesional en otros países, en los cuales quizá padecen de la misma enfermedad nuestra, donde son aceptados por que allí son extranjeros. La falta de fe nos circuye, nos anestesia, nos deprime, nos prolonga en condición sumisa ante las potencias imperialistas. Las cuales han descubierto ya que no necesitan apelar a los recursos repugnantes y anacrónicos del poderío militar para mantenernos en status de colonialismo, porque los dirigentes les garantizamos la continuidad de esa condición con nuestra poca o ninguna fe en nosotros mismos.

III - El drama del tercer mundo

Vamos introduciéndonos en otras amargas verdades de las que rodean el aparato de nuestra existencia y hacen el cuerpo de nuestros partidos. La sociedad colombiana actual dista mucho de ser democrática, como sucede en toda región agobiada por el atraso. Precisamente por eso las fórmulas mágicas que se proponen para superar esa barrera de pobreza y de impreparación técnica, consisten sobre todo en un

reconocimiento de los derechos más elementales del hombre, negados hoy por la estructura social. Detrás de los datos técnicos sobre el desarrollo económico, saltando sobre las cifras que hablan de nuevas metas de producción y de consumo, aparece el reconocimiento de que en países como el nuestro, lo primero, lo básico es vigorizar el concepto democrático, no a base de la tradicional literatura sino a través de la aparición del pueblo en escena, ya como actor con suficiente iniciativa y no en calidad de testigo que espera los mendrugos dejados por una clase dirigente altanera, impreparada y voraz.

La crítica se va haciendo más acerba y casi rutinaria. Todos, desde distintas vertientes, tratamos las mismas cuestiones conocidas. Pero este imperio del lugar común en materia tan trascendental como la de analizar el panorama colombiano, debe ser bienvenido. Hay que empezar las cosas por el principio, y en este caso tal principio consiste en que el pueblo adquiera conciencia de su situación, mediante la eliminación de los cánticos falaces a nuestra maravillosa democracia, a la buena voluntad de nuestras clases poderosas y al brillante futuro que nos espera si seguimos portándonos bien, es decir, si nos ocultamos la realidad y ponemos toda clase de barreras a la insubordinación de las masas, sordos al alarido de la rebelión de la justicia y el derecho. Para bien del sistema imperante en cuanto a sus principios ideológicos, lo ideal sería que los cambios se produjeran mediante un timonazo que dé la misma clase sindicada por una opresión anterior. Esto es lo que tratan de hacer los grandes líderes del mundo occidental y grupos avanzados del capitalismo europeo.

Es un sino terrible del "tercer mundo" aquel empecinamiento ciego de sus aprovechadores. Reconocen que hay injusticia, que deben efectuarse concesiones, pero todo fracasa cuando la medida por tomar afecta sus intereses en forma personal. Es el drama de las reformas agrarias, tributarias y educativas democráticas a la manera occidental, con el cual se confirma trágicamente la tranquila espera de quienes se atienen al torbellino de la historia y afirman que todo se hará sólo cuando la clase dirigente sea arrojada de sus posiciones por una revolución cruenta e inclemente. El hombre nuevo, que ame a su patria por encima de todas las cosas amables debajo de Dios, debe cumplir con la elemental obligación de enunciar estos problemas con cruza y claridad, no importa el precio de su clamor.

IV - La liquidación del reaccionarismo

Partiendo del hecho de que nuestro problema ha sido enfocado desde distintos ángulos, inspeccionemos si se observa algún adelanto hacia soluciones concretas. No podría contestarse con certeza, porque hasta hoy ninguna reforma estructural ha culminado. Lo primero por hacer, sería fortalecer económica y políticamente el estado para que pueda asumir su misión rectora y reguladora del desequilibrio. Esta condición se cumplirá mediante un proceso dirigido a librarse de la superficialidad administrativa y a dejar esa actitud de limosneros orgullosos y optimistas que nos distingue, soberbios subdesarrollados que quieren ver resueltos sus problemas por otros pero se resisten a incli-

nárseles, a sabiendas de que ese es el precio ante Estados Unidos y la Unión Soviética. Hemos de excluir la fanfarronería y el oportunismo, para evitar desengaños como los de la Alianza para el Progreso que nos prestará en diez años lo que hemos perdido en cinco; y del Pacto Mundial Cafetero, sobre el cual se anunció que era inminente, y ahora se aleja para no disgustar a las amas norteamericanas. Arranquemos del fondo del problema, porque ya hemos tocado ese fondo, con el colapso de la industria cafetera y la deficiente ayuda de las grandes potencias occidentales. Olvidémonos del café y de los torrentes de oro de la Alianza para el Progreso: por encima de la buena voluntad y la lucidez de ciertos sectores gobernantes de Estados Unidos y Europa, están las cuentas que hacen los inversionistas privados, para quienes somos una manada de seres ineptos y corrompidos, tal como lo expresaba la revista "Fortune" en su entrega del mes de febrero de este año, al poner sobre aviso a los magnates de Wall Street contra los proyectos del presidente Kennedy y algunos "ilusos de Washington".

El sector privado quiere invertir en América Latina pero si le garantiza que no habrá revoluciones, que habrá menos catolicismo y un poco más protestantismo, que habrá pólizas de seguro contra expropiaciones, certeza en las remesas de dividendos, crédito local privilegiado que permita remesar también el capital aparentemente importado y, al contrario de lo que dicen los antioqueños cuando hablan de "trabajar con la plata del míster", les permita a aquellos presuntos inversionistas "trabajar con la plata del indio". El sector público sólo quiere invertir un porcentaje de lo que deja de pagar por el deterioro de los términos de intercambio, en proyectos costeables, en cuantías reembolsables en moneda dura. Y los latinoamericanos pagando regalías cada vez más altas por ver mal cine en dólares y por comprar automóviles cada vez más largos y más anchos y más deleznable. Porque, como advertía Galbraith, nos emocionan más los automóviles flamantes que las buenas carreteras.

El camino que lleva hasta la unidad nacional para el trabajo arduo que supone nuestra democratización y la modernización de nuestro estado, pasa también y nada menos que por la liquidación del reaccionarismo imperante. Somos un país reaccionario y adormecido por el fetichismo y la ignorancia. Los sectores conscientes se desesperan y, en vez de asumir una actitud constructiva, hacen el ademán, muy específico del "tercer mundo", de destruir y lanzarse a cualquier aventura bajo el peligroso impulso de la espontaneidad. Este fenómeno ha superado a los partidos políticos, que patrocinaron la violencia, no en virtud de una estrategia anterior sino movidos por un apetito desordenado de poder y un desconocimiento absoluto de lo que quiere decir la palabra pueblo. Y entonces llegamos al drama de hoy, en que los campesinos (la masa menospreciada secularmente y dejada a un lado porque se descontaban su abulia y su resignación) tienen la nación al borde de la anarquía.

En esto no debemos ser torpes para juzgar: la perspectiva de revolución violenta pasa por el meridiano de grandes zonas campesinas y no por las ciudades. La autoridad del estado es desafiada con éxito en vastas regiones, algunas a la vuelta de las ciudades. El trata-

miento que haya de darse al conflicto deberá ser objeto de cuidadosos estudios y procedimientos para no prender la chispa en la llanura. En el libro "La Violencia en Colombia", que acaba de publicar la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, y que al parecer tendrá sólo circulación cerrada, uno de sus autores lanza la siguiente prevención: "La acción de las Fuerzas Armadas está condicionada entre nosotros a una situación social y en consonancia con ella se debe desenvolver. Este factor lo determina todo. Seguir actuando al margen del pueblo campesino es un error. Estrellarse contra él es apresurar la anarquía. El campesino es hoy un elemento clave en nuestra recuperación institucional".

El diagnóstico es certero, porque la génesis de la violencia que con criterio simplista ha sido señalada con el choque montaraz entre el campesino y la autoridad, tiene otras motivaciones de muy diversa índole, entre ellas la miseria, el abandono, las desigualdades, la desesperanza, el desequilibrio, todo lo cual tiene como estimulante la aparición de nuevos elementos de información en la clase campesina, hasta ahora insospechados.

La trama social se teje con muy disímiles ingredientes, lo que hace que las palpitaciones se produzcan por muy varios motivos. Las disponibilidades de divisas no afectan solamente a los importadores, puesto que estos son apenas un eslabón en el ciclo económico: al reducirse la capacidad de compra de bienes de capital, se reduce de consiguiente la producción, decrece la oferta y aumentan los precios; al mismo tiempo, el mercado de trabajo se ve afectado por el recorte en los turnos, crece la oferta, baja la demanda, surge la desocupación. El impacto se ha producido en la clase empresarial en primer término, pero golpea sin duda a las clases de bajos ingresos. Pues bien: los desajustes producidos en los términos de intercambio por la baja en las cotizaciones de nuestros artículos de exportación, ya están golpeando a la clase proletaria, en el sentido de que los pasajes de los buses suben, suben los precios de los artículos de consumo, mientras permanecen estáticos los niveles de salarización. No reside allí una de las motivaciones de la violencia? Los desajustes cambiarios que hacen cada día más irreales los salarios y crean las naturales tensiones sociales, no son una de las motivaciones de aquel doloroso mal de nuestra existencia?

El tratamiento ya fallido de la violencia, hace su evaluación en términos macarthistas, señalando en algunos casos a dirigentes comunistas como instigadores o aprovechadores en ciertas zonas, lo que puede ser cierto; pero en todo caso desviando el análisis objetivo de un hecho cuya medición desborda toda ponderación en términos de antiguas estructuras. Lo que nos lleva a decirnos: hay violencia, porque existen elementos comunistas interesados en estimularla. Como esos elementos estarán en disposición agitadora mientras aquellos hechos les sirvan de herramienta para la captura del poder que es su objetivo; y como sobre los agitadores el resto de los colombianos carecemos de influencia, entonces tendríamos estas dos conclusiones inequívocas: o que Colombia está condenada a la perpetuación de la violencia o que está destinada a ser un estado comunista para que la violencia desaparezca.

Pero, es que son así de formidables los resortes de poder que mueve la agitación comunista, que no hay poder humano bastante a inmovilizarnos? No será, más bien, que desde los sectores del orden, de la producción, del clero, del ejército, de los partidos políticos, no se está dando respuesta adecuada a las motivaciones recónditas de la violencia? No será que falta lucidez a la clase dirigente, en todos los estratos, para aproximarse al cuerpo sangrante de la patria a rastrear esas causales para aplicarles un correctivo dinámico, del orden de la plena empleación, de la asistencia hospitalaria, de la alfabetización, del crédito, de las vías de penetración? Ciertamente que deambulan cuadrillas de malhechores que asaltan a mansalva y sobreseguro, al margen de una ley que por otra parte tampoco conocen. Pero qué es lo que se hace desde la clase dirigente para humanizar al estado y para zanjar el desequilibrio entre los de arriba y los de abajo? Si día a día crece el concentracionismo de capital y se consolida igualmente el concentracionismo de dirección empresarial en unas cuantas familias y unos cuantos apellidos, se necesita mucha sangre fría para clamar y reclamar por los desafueros de la violencia. Porque, ciertamente de rostro distinto, violencia urbana es la una y rural la otra. Ambas violentan la solidaridad!

La necesidad de Colombia es, por consiguiente, un cambio en todos los órdenes, en todos los frentes, en todos los estratos. Un cambio revolucionario en la concepción mental de los dirigentes, para prestarse a dirigir el cambio social. Un cambio en la concepción universitaria, para acercar la Universidad al pueblo, para compenetrarla con el pueblo, para buscar los problemas y sus soluciones, donde existen aquellos y donde el pueblo ansía las soluciones, sin esperar a que los problemas lleguen a tocar a las puertas de la universidad. Un cambio en la clase empresaria, para integrar la producción en términos de productividad, de mayor rendimiento, de exportaciones crecientes, de comprensión de que en lo social tiene que haber también ese cambio, y que la estrategia más simple aconseja ponerse al frente de las transformaciones en vez de eludirlas.

Estamos asistiendo a uno de aquellos cataclismos que conmueven de tramo en tramo a la humanidad. Para Colombia ha sonado la hora de esa transformación. Se trata de alinearse a promoverla antes que el aparato consuetudinario de la vida nacional le imponga un nuevo retardo. Por designio inexorable de la historia, el cambio va a producirse porque es justo y es con arreglo al derecho que se produzca. Saludemos con alegre corazón el privilegio de estar viviendo en esta época de aventura, en que todos los signos invitan a esa transformación. Preparémonos para elaborar con fe esa imagen del cambio que ha de convertirnos no ya en un pueblo asfijado en la miseria sino en una nación a la moderna. Nunca fue más cierto que tenemos un destino iluminado, cuya conquista no es tarea para un hombre, ni para un grupo sino para la totalidad unitaria y solidaria de nuestro pueblo. Aprestémonos a vivir ese tiempo revolucionario de esperanza!